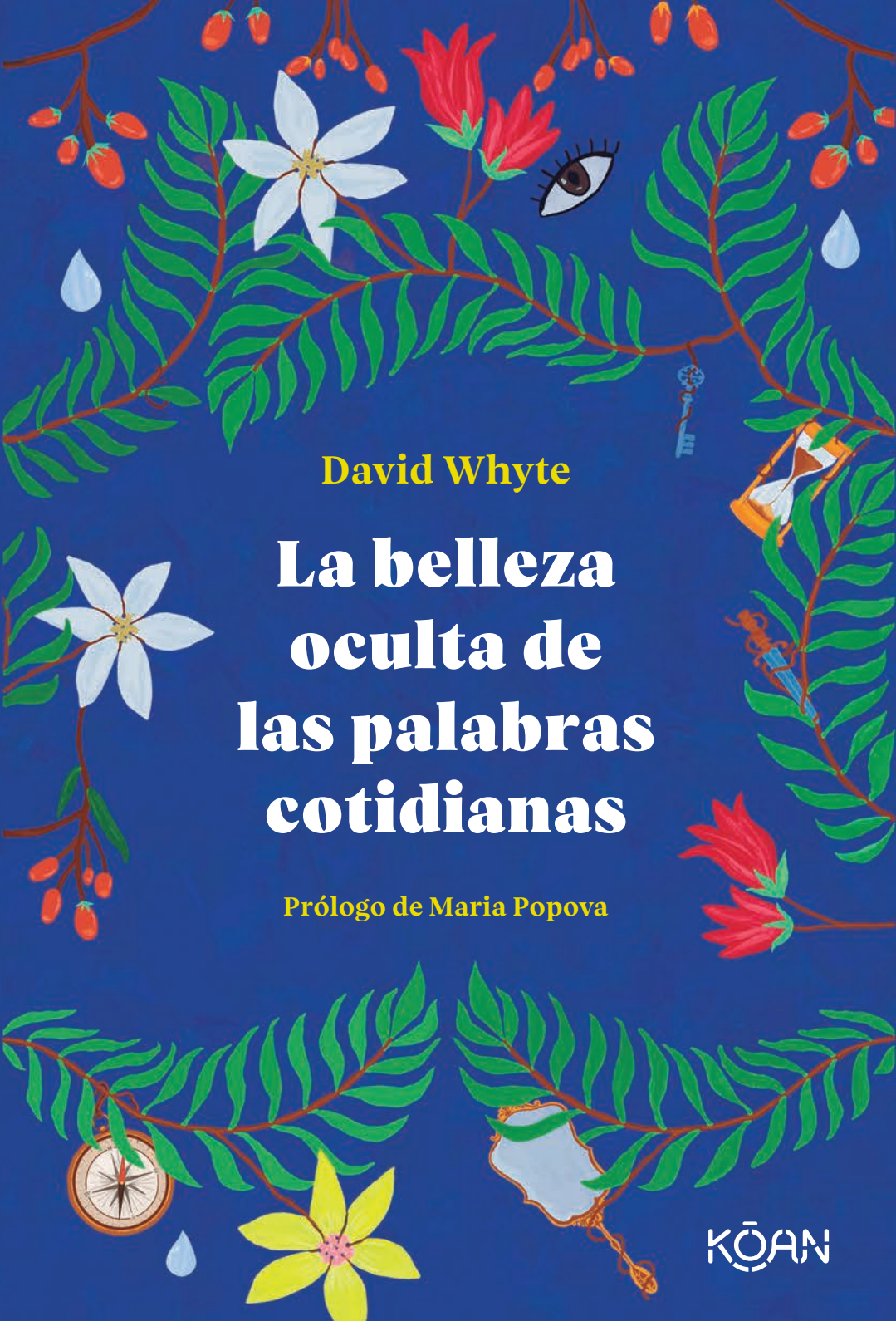

David Whyte
La belleza oculta de las palabras cotidianas
Prólogo de Maria Popova
KŌAN

David Whyte

La belleza oculta de las palabras cotidianas

KŌAN

Título original: *Consolations: The Solace, Nourishment and Underlaying Meaning of Everyday Words*
© David Whyte, 2014
© de la traducción del inglés, Jacinto Pariente, 2021
Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd,
14 High Street, Edinburgh, EH1 1TE
© Ediciones Kōan, s.l., 2021
c/ Mar Tirrena, 5, 08912 Badalona
www.koanlibros.com • info@koanlibros.com
ISBN: 978-84-18223-30-3 • Depósito legal: B-9958-2021
Diseño de cubiertas de colección: Claudia Burbano de Lara
Ilustración de cubierta: Elsa Suárez Girard
Maquetación: Cuqui Puig

Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Impreso en España / Printed in Spain

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1ª edición, junio de 2021

Dedicado a LAS PALABRAS *y sus hermosas,*
ocultas y seductoras incertidumbres

ÍNDICE

Introducción	11
Solo	13
Ambición	17
Ira	20
Belleza	23
Comenzar	25
Bajo asedio	27
Cerca	30
Confesión	32
Coraje	35
Crisis	37
Negación	39
Desesperación	41
Destino	45
Decepción	47
Perdón	49
Amistad	51
Genio	54
Dar	57
Gratitud	61
Suelo	63

Aparecido	64
Desamor	66
Ayuda	70
Esconderse	74
Honradez	76
Estambul	78
Gozo	81
Soledad	83
Anhelo	85
Madurez	88
Recuerdo	90
Nombrar	93
Nostalgia	95
Dolor	97
Paralelos	100
Peregrino	102
Procrastinación	105
Arrepentimiento	107
Descanso	109
Robustez	112
Roma	115
Huir	116
Autoconocimiento	119
Sombra	122
Timidez	124
Silencio	126
Consuelo	128
Contacto	131
Incondicional	133
No correspondido	135
Vulnerabilidad	137
Retirada	139

INTRODUCCIÓN

«Las palabras se pertenecen unas a otras», afirma la áspera voz de Virginia Woolf en el único testimonio sonoro que se conserva de su paso por el mundo. Sin duda, las palabras son creaciones humanas, pero que el amor de Pigmaliones que sentimos por ellas no nos engañe, pues no nos pertenecen. No son estáticas figuras de pensamiento que se puedan poseer o intercambiar como artefactos, sino organismos vivos, elásticos y permeables, seres salvajes de significado indómito, siempre en evolución. Son ellas las que nos poseen y se alimentan de nosotros, no al revés. Las palabras se pertenecen unas a otras, y nosotros a ellas.

Sin embargo, las palabras más comunes del vocabulario, aquellas cuya función es portar y transmitir las verdades y experiencias humanas más elementales, sufren un lento proceso de degradación de significado. La incorrección las agrede, el exceso de uso las erosiona, se las piensa mucho y se las pondera poco, se atropella su trascendencia y se las despoja de matices.

En *Palabras de consuelo*, David Whyte nos hace retornar al país de la lengua, devolviendo las palabras a las palabras y, en este acto de generosidad, devolviéndonos a

nosotros mismos, criaturas tejedoras de sentido que navegamos por el laberinto del mundo mediante el lenguaje, la más poderosa de las facultades que nos han tocado en suerte. Más Montaigne que Cawdrey, con cada palabra que elige —*ira*, *falta*, *silencio*—, Whyte obra no tanto una redefinición como una resurrección. Hay una enorme bondad y generosidad de espíritu que cimientan cada uno de estos microensayos: restablecen una verdad no solo humana, sino humanitaria a cada palabra y al significado que porta. «La amistad es espejo de la presencia y testimonio del perdón», dice de esta palabra despojada de sentido en la era de los «amigos virtuales», esta cultura absolutamente condicionada por el más despiadado cinismo y la más indiferente fuga de la presencia. Con este libro, David Whyte se propone remendar los jirones de las palabras en el mágico telar de su imaginación poética y convertirlas en espléndidos tapices de pensamiento y emoción, rebosantes de sentido restaurado. El resultado es el don supremo del ser: una sensación aumentada de que las palabras pertenecen a las palabras y a nosotros mismos.

Maria Popova

SOLO

Solo es una palabra que se sostiene por sí sola, que no pierde la austera, solitaria belleza de su significado, incluso cuando se pronuncia para otros. Es una palabra que sabe a invitación a lo profundo y a amenaza, como en la expresión «a solas», en la que resuena el abandono. *Solo* es una palabra que parece portar un extraño carácter definitivo, especialmente en la inquietante expresión «quedar completamente a solas», como si este estado, una vez sentido, definiera y engendrara un mundo propio e inexorable. Lo primero para poder estar solos es admitir el temor que nos produce.

Estar solos es una disciplina difícil. La hermosa y difícil sensación de estar solo es siempre el terreno desde el cual ingresamos en una intimidad contemplativa con lo desconocido, pero frecuentemente experimentamos el primer zaguán de la soledad como puerta de entrada a la incomunicación, el dolor y el desamparo. Vernos solos o abandonados es una posibilidad omnipresente y pavorosa que nos aterra de forma tan honda como inconsciente.

Estar a solas durante cualquier período de tiempo implica despojarnos de una capa de piel exterior. Habitar el

cuerpo en soledad no es igual que habitarlo en compañía. Cuando estamos solos lo habitamos más como una pregunta que como una afirmación.

La permeabilidad del estar solos nos exige volver a imaginarnos, impacientarnos con nosotros mismos, hastiarnos de la misma historia de siempre para después, lentamente, hora a hora, comenzar a contarla de manera distinta, al tiempo que unos oídos paralelos de los que no teníamos conciencia comienzan a escucharnos con mayor atención en el silencio. Para que la vida solitaria florezca, aunque solo sea durante un puñado de valiosísimas horas, la soledad nos pide que hagamos un amigo del silencio y, lo que es igual de importante, que lo habitemos de acuerdo con nuestra propia y particular manera, a fin de que hallemos el camino a una forma singular —y quién sabe si incluso virtuosa— de estar solos.

Habitar el silencio en soledad significa dejar de contar la historia de una vez por todas. La soledad siempre conduce a un estado de desnudez y vulnerabilidad, de pavorosa simplicidad, de no reconocer y no saber, de deseo de encontrar cualquier compañía que sustituya a ese desconocido que no sabe y que nos devuelve la mirada desde el espejo silente.

Una de las dinámicas elementales de la autocompasión es comprender nuestro rechazo esencial a ser dejados solos frente a nosotros mismos.

La soledad comienza con la perplejidad ante el propio reflejo, transita por la incomodidad e incluso la fealdad de lo que vemos y, a su debido tiempo, culmina en la hermosa e inesperada sorpresa de que un nuevo rostro comienza a tomar forma, de que comienza a tejerse una vida interior que acabará por salir al aire y a la luz.

Estar a solas no significa necesariamente privarse de la compañía de otros. La decisión radical consiste en que nos permitamos a nosotros mismos estar solos, que hagamos cesar esa voz acusadora que está siempre tratando de interpretar y forzar la historia desde una perspectiva demasiado mezquina y complicada.

La sensación de una inminente soledad es una cualidad que puede cultivarse incluso en compañía. La soledad no precisa de desiertos, anchos océanos o silenciosas montañas. El ser humano tiene la capacidad de experimentar las formas más acuciantes e íntimas de soledad viviendo en estrecho contacto con otros, asediado por el ajetreo del mundo. El ser humano tiene la capacidad de sentirse solo en una sala de reuniones, en el más feliz y unido de los matrimonios o a bordo de una embarcación atestada de pasajeros y tripulación.

Las dificultades del estar solos pueden asaltarnos en las circunstancias más íntimas; en la oscuridad del lecho matrimonial: a un centímetro de distancia y a mil kilómetros uno del otro; en el silencio de una pequeña y abarrotada mesa de cocina. Sentirnos solos en presencia de otros es comprender la singularidad de la existencia humana, al tiempo que se experimenta la honda corriente física que, lo deseemos o no, nos une a los demás: la soledad puede ser la medida de la unidad incluso a través de la sensación de lejanía.

A principios del siglo xxi está absolutamente pasado de moda sentirse solo o desear estarlo. Admitir la sensación de soledad equivale a rechazar y traicionar a los demás, como si su compañía no fuera lo suficientemente buena y no tuvieran una vida entretenida e interesante con la que distraernos. De hecho, buscar la soledad es un acto radical.

Querer estar solos implica rechazar cierto tipo de hospitalidad conversacional y buscar otra puerta y otro tipo de bienvenida que el vocabulario humano no es necesariamente capaz de definir.

Bien puede ser que ese tiempo que pasamos alejados de un trabajo, de una idea de nosotros mismos o de una pareja sea la esencia del aprecio por el otro, por su trabajo y su vida. Ser capaces de permitirnos a nosotros mismos y a los demás estar solos; vivir de nuevo algo que parezca elegido; estar solos como logro intencionado y perseguido, no como una condena impuesta.

AMBICIÓN

La ambición es el deseo congelado, la energía de una vida vocacional inmovilizada que concretizamos en exceso, en las implacables metas que nos fijamos. La ambición puede ser esencial para la juventud que aún no ha dado frutos, pero se convierte en obstáculo esencial en la madurez. Al proporcionarnos una meta falsificada por exceso de descripción, de costumbre o de entendimiento, la ambición nos aparta de la naturaleza elemental que subyace en la conversación creativa.

La ligereza de la ambición radica en ser comunicable; lo enfermizo de la ambición es ser fácilmente comunicable. Lo que merece una vida de dedicación no desea ser aprehendido por vías que menoscaben la percepción real de su presencia. Lo que es fiel a sí mismo tiene un lenguaje secreto propio y una intencionalidad interna que fluye secreta y llena de sorpresas incluso para la persona que supuestamente lo pone todo en funcionamiento.

El resplandor de la ambición finalmente termina por marchitar los secretos antes de que hayan podido salir a la luz desde dentro y frustra la generosidad y la madurez que dan sazón al discurso de una vida de devoción a una obra.

Podemos dirigir el haz de la ambición para iluminar ciertos rincones del mundo futuro, pero en el fondo solo se nos revelan sueños a los que ya estamos acostumbrados. La ambición dejada a su suerte, como la identidad del consabido millonario, se vuelve siempre tediosa, pues su único objeto es la creación de imperios de control cada vez mayores. La vocación verdadera, en cambio, nos transporta más allá de nosotros mismos, nos rompe el corazón en el proceso y al final nos regala humildad, sencillez y nos ilumina acerca de la naturaleza oculta y esencial de esa obra que nos sedujo desde el principio. Descubrimos que al dar el primer paso ya estábamos en posesión de todo lo que necesitábamos y que llegar al final es regresar a la esencia, una esencia que no podíamos comprender hasta haber experimentado el dolor de tener el corazón roto durante el viaje.

Sin importar la vanidosa relevancia que le demos a nuestra obra, somos la materia fértil de mundos que aún no sabemos imaginar. La ambición nos dirige a ese horizonte, pero no nos ayuda a cruzarlo. Esa frontera se desvanecerá siempre entre nuestras manos ávidas de control. La vocación es una conversación entre el cuerpo físico, la obra, el intelecto y la imaginación de cada uno, y un mundo nuevo que es en sí mismo el territorio buscado. La vocación siempre incluye nuestra personal y desgarradora manera de fracasar en el intento de vivir con plenitud. La verdadera vocación convierte la ambición y el fracaso en compasión y comprensión del otro.

La ambición precisa de voluntad y dosis constantes de energía para mantener un rumbo percibido. Por el contrario, la llamada de la vocación exige la atención constante a un campo gravitatorio desconocido que nos rodea y nos nutre, como si respirásemos de la atmósfera la posibilidad

en sí misma. La obra de toda una vida no es una serie de peldaños en los que apoyar los pies tranquilamente, sino más bien un cruce oceánico en el que no hay senderos, solo rumbo, una dirección, en conversación con los elementos. Al mirar atrás, vemos que la estela que dejamos no es más que un breve y brillante rastro en las aguas.

La ambición es natural en las primeras fases de la juventud, cuando experimentar su falsedad esencial es necesario para conocer que hay una realidad mayor tras ella. Pero si se la alimenta durante demasiado tiempo, especialmente una vez alcanzada la vejez, siempre conduce a una falta de capacidad de sorpresa, convierte los últimos años del ambicioso en una segunda infancia, y hace del que en su día tuvo éxito un objeto de misericordia.

Quizá la verdadera filigrana que recorre la obra de toda una vida sea la adquisición de la generosidad y, como prueba de ello, el deleite en las esperanzas de los jóvenes: y el darles, no ya premios acaso merecidos, sino la recompensa del secreto en sí mismo, el arte medular que convierte la travesía en viaje.

Quizá el mejor legado que podemos dejar de nuestra obra no sea inculcar la ambición en el otro, aunque esa haya sido la primera forma de describir su aparición en nuestra vida, sino la transmisión de un sentimiento de puro privilegio, de una sensación de haber descubierto una vía, un camino a seguir, y después haber sabido seguirlo, a menudo en compañía de otros, con todos sus escollos y triunfos menores; la transmisión del don primigenio y oculto de haber sido a la vez testigo y parte protagonista de la conversación.

IRA

Es la forma más honda de preocupación: por el otro, por el mundo, por uno mismo, por una vida, por el cuerpo, por la familia, por los ideales, por todo lo que es vulnerable y está probablemente a punto de ser vulnerado.

Despojada de constricción física y reacción violenta, la ira es indicio de la forma más pura de compasión; la viva llama interna de la ira siempre ilumina aquello a lo que pertenecemos, aquello que deseamos proteger, aquello por lo que estamos dispuestos a arriesgarnos e incluso a ponernos en peligro.

Lo que habitualmente llamamos ira es solo lo que queda de su esencia cuando nos abruma la vulnerabilidad que la acompaña; cuando toca la superficie perdida de nuestra incapacidad mental o física para contenerla, o cuando roza los límites de nuestra comprensión. Lo que recibe el nombre de ira no es más que la incoherente incapacidad física de soportar esa forma extrema de preocupación en nuestra vida cotidiana externa. La falta de voluntad para la grandeza y la generosidad necesarias para contener en el cuerpo o la mente aquello que amamos sin remedio, con toda la claridad y envergadura de lo que somos.

Lo que llamamos ira en la superficie es la violenta reacción externa a nuestra propia impotencia interna, impotencia que está conectada a un sentimiento de crudeza y preocupación tan profundo que no halla cuerpo, identidad, voz o forma de vida exterior adecuada que la contenga.

A menudo lo que llamamos ira no es más que la falta de voluntad de sentir plenamente nuestros temores o nuestro desconocimiento frente al amor por una esposa, en el profundo afecto que sentimos por un hijo, en nuestro querer lo mejor, frente al simple hecho de estar vivos y de amar a aquellos con los que vivimos.

La ira sale a la superficie con mayor frecuencia cuando sentimos que hay algo profundamente errado en nuestra impotencia y vulnerabilidad. Es curioso que también encuentre su voz a través de la incoherencia y la incapacidad de expresarnos. No obstante, la ira en su estado más puro nos da la medida de nuestra implicación con el mundo y de hasta qué punto nos hace vulnerables el amor en toda su amplitud: por una hija, por un hogar, por la familia, por una empresa, por la patria, por un amigo...

La ira se vuelve violencia de obra y de palabra cuando la mente se niega a aceptar la vulnerabilidad del cuerpo ante el amor por todas esas cosas externas; es habitual sufrir o haber sufrido abusos por parte de quienes nos aman pero carecen de un vehículo para comprender sus sentimientos, o no muestran signos externos de lo que sienten en su interior ni de su deseo de ser amados. Carentes de un vehículo externo para la expresión de esta extrema sensibilidad interna, los abruma la naturaleza elemental de la vulnerabilidad del amor. En su impotencia, recurren

a la violencia contra quienes encarnan la representación externa de su interna falta de control.

La ira sentida en toda su plenitud es la llama viva esencial del estar plenamente vivos y plenamente presentes. Es un atributo que debemos rastrear hasta su origen, valorar, atender. Es una invitación a hallar la manera de traer por completo ese origen al mundo, dando a la mente más claridad y generosidad, al corazón más compasión y al cuerpo más fuerza y envergadura para poder contenerla.

Lo que llamamos ira en la superficie, por ser una imagen especular completa y absoluta de su verdadera esencia interna, solo sirve para definir su auténtica cualidad oculta.